

XIII Jornada de Escuela de la FFCL-E(F9)
«El despertar de la angustia»

Tarragona, 3 de marzo de 2018.

Despertares

Manel Rebollo

«Despertares», el título que elegí, pretende abordar algunas preguntas: ¿A qué llamamos despertar? ¿La angustia despierta? ¿Qué es lo que despierta? Intentaré dar cuenta del momento en que me encuentro con respecto a tales preguntas.

Una de las expresiones que enmarcan nuestra concepción de la angustia en nuestro campo lacaniano, y que introduce el tema de nuestra próxima Cita Internacional de Barcelona, es la consideración de «síntoma tipo de todo advenimiento de lo real» que podemos leer en «La tercera». Quisiera señalar dos observaciones en mi lectura de este texto. En primer lugar, con frecuencia se ha usado la expresión «afecto tipo de todo advenimiento de lo real», como hace Colette Soler en su texto «Advenimientos de lo real, de la angustia al síntoma¹» (Curso 2015-2016), y que de entrada concordaría con lo que Lacan dice de la angustia a lo largo del Seminario 10: «es un afecto²» «es lo que no engaña³», «señal de la intervención del objeto *a*⁴». En cambio en «La tercera» leemos «síntoma», término que a nivel conceptual se distingue tanto de «afecto» como de «señal». La segunda observación se refiere a qué es lo que Lacan considera «síntoma tipo de todo advenimiento de lo real». Se está refiriendo a una situación muy concreta: «Allí donde eso resulta gracioso, es únicamente cuando los propios científicos son presa [...] de cierta angustia; esto, sí que es instructivo. Precisamente es el síntoma-tipo de todo advenimiento de lo real⁵». En cualquier caso me resulta paradójico considerar la angustia como un síntoma en la medida que el síntoma es un modo de «gozar del inconsciente», y éste último es un «saber sin sujeto».

Lacan atribuye a la angustia dos elementos distintivos:

1-Es un afecto que sitúa al sujeto ante el enigma del deseo del Otro, y 2- el sujeto se siente concernido en su propio ser. Es decir, el sujeto no sabe qué quiere el Otro, pero sí sabe que «va por él». En estas dos características —enigma y certeza— podemos cifrar que se trata de algo del orden del «encuentro con lo real». Es a este respecto que la angustia «no engaña».

Si nos remontamos a Freud podemos retomar la distinción que éste nos presentó entre angustia y miedo a partir de que el miedo tiene un objeto determinado y en la angustia éste no se presenta. Lacan matizó esta distinción, atribuyéndole al objeto del miedo una dimensión claramente significativa (el sujeto sabe de qué tiene miedo,

1 Soler, C., «Advenimientos de lo real, de la angustia al síntoma», San Sebastián, Pliegues, 2013, p. 18.

2 Lacan, J., *El Seminario, libro X, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 22.

3 *Ibidem*, p. 320.

4 *Ibidem*, p. 98

5 Lacan, J., «La Tercera», 1974, versión «La Troisième intégrale», editada por Patrick Valas, p. 47.

luego no hay enigma) y considerando que la angustia, «miedo del miedo», «no es sin objeto». Pero el mismo Lacan cita a Freud para fundamentar su afirmación. Así, aun admitiendo que en alguna ocasión utilizó el término *objektlos* (sin objeto), considera que el acento hay que ponerlo en la expresión *Angst vor etwas*, es decir: «angustia ante alg ». Merece la pena matizar el término *etwas*, que en alemán es algo menos concreto que el «algo» castellano, y que se acerca al «res» catalán. *Res* en catalán puede significar o bien nada o bien algo. *Que vols res per beure? —No vull res*, o bien *—Sí, vull aigua*. Es decir, que el *res* catalán o el *etwas* alemán representan el lugar significante que podría alojar algo o bien nada. Y es esta expresión alemana la que usará Lacan para fundamentar el «no sin objeto» relativo a la angustia. Un «no sin objeto» necesario para articular su «objeto *a*» en las dos dimensiones que postula: o bien como objeto resto, desecho, que viene a expresar el sujeto del goce, el *etwas* irreductible al registro significante, resto real, o bien como objeto perdido, caído, efecto de la operación simbólica de la castración (-φ), *etwas* que causa el deseo. Así que Lacan convertirá el *etwas* freudiano, tras añadirle un sustancial salto conceptual, en su objeto *a*.

La angustia se postula entonces como signo de la cercanía de lo real, y desde esta perspectiva podemos decir que la angustia es una señal de alarma, que no engaña ¿podemos decir por ello que despierta al sujeto? Me parece que no.

Volvamos a Freud y a su concepción de los sueños.

Según él la función principal del sueño es velar por que el sujeto siga durmiendo. Así es como el ruido del despertador puede ser modificado en el propio sueño e identificado por el sujeto durmiente como el ruido de la maquinaria de su cadena de montaje para que así, sabiendo que ya está en su puesto de trabajo, no tenga por qué despertarse para acudir a él. El sueño, la deformación onírica, le permite seguir soñando que ya está despierto y trabajando. Puede ocurrir también que algo de lo real se presente en el sueño con tanta intensidad que la angustia que se produzca en el sujeto le despierte, para seguir soñando en estado de vigilia lo que ya no puede soñar durmiendo.

Un ejemplo bien conocido es el de «—Padre ¿no ves que me abraso?»⁶ Se trata de un sueño que una paciente le contó a Freud y que ésta había soñado tras haber escuchado su relato en una conferencia sobre los sueños. Un padre asistió noche y día a su hijo mortalmente enfermo. Tras el fallecimiento se retira a dormir a la habitación de al lado dejando la puerta abierta para poder ver el lugar donde yacía el cadáver de su hijo. Sueña que su hijo le coge del brazo y le dice «—Padre, ¿no ves que me abraso?» Se despierta sobresaltado y ve fuego sobre el cadáver del hijo, cuyo brazo efectivamente arde. Un cirio había caído sobre la mortaja produciendo el incendio, y su resplandor, en lugar de despertar al durmiente, le incitó a producir ese sueño, para poder seguir durmiendo. En este caso nos hallamos ante tres distintos «encuentros» o formas de «despertar». En primer lugar, y anteriormente al sueño, la muerte de un hijo, un real que despierta, que desvela al sujeto del plácido sueño de vivir. En segundo lugar, en el velatorio el padre duerme, agotado de tanto despertar. La luz del cirio que prende en su hijo se cuela en su sueño, y produce en él, no un inmediato

6 Freud, S., «La interpretación de los sueños», en *Obras Completas*, Vol. V, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1989, p. 504-505.

despertar, sino esta terrible pregunta: «—Padre ¿no ves que me abraso?». Ciertamente, el padre no vio, se durmió, y su hijo ardió en la fiebre de estar muerto. Pero ese hijo, puesto que le pregunta, está vivo en su sueño. El padre puede soñar en un hijo viviente, que le pregunta. En ese breve sueño el padre consigue seguir soñando con su hijo vivo, acallando lo real de su muerte. Pero, y este es el tercer encuentro, la pregunta «¿no ves que me abraso?» le despierta más que la lumbre del fuego y ya no puede seguir soñando. Aun así si despertó es porque la angustia de la pregunta del sueño, que le ponía ante el enigma del deseo del Otro que despierta la muerte de un hijo —pregunta que concierne al ser del propio padre— le advertía de la proximidad de un real, y para no despertar a éste se despertó, para poder seguir soñando. Puesto que la angustia no es lo real, sino sólo un signo de alarma, de advertencia de la proximidad de ese *etwas*, producida para darle al sujeto la oportunidad de no despertar, sino seguir soñando en estado de supuesta vigilia.

En la medida en que en la angustia no representa demanda alguna, lo que implica que en ese momento no hay síntoma, tan sólo es señal de lo que Freud llama desamparo y Lacan «la sospecha de reducirnos a nuestro cuerpo⁷», es preciso que el sujeto produzca algún elemento significativo representante del Otro, que lo tache, para que ante este primer significativo el sujeto pueda representarse, como Juanito pudo representarse ante el caballo o Emma ante las tiendas. Una vez inaugurada la cadena significativa es posible recubrir la angustia con aquello que la nombra con elementos susceptibles de generar sentido. El síntoma es pues el amparo del sujeto, su recurso.

Según Lacan «un discurso siempre es adormecedor, salvo cuando no se comprende. Entonces despierta⁸». Más adelante aclara: «El despertar es lo real bajo su aspecto de imposible». ¿La verdad despierta o adormece? —pregunta Lacan— y responde: depende del tono en que sea dicha.⁹»

En este contexto se refiere a la poesía, que, *dicha*, adormece. Alude entonces al psicoanalista y a su interpretación. Con ésta se trata de conseguir que en los «forzamientos», el psicoanalista haga resonar algo distinto al sentido. En eso distinto podemos tal vez cifrar la función de despertar en la interpretación, que ahí sería más cuestión del *decir* que del *dicho*, apuntando por tanto a lo real y pasando entonces a un trabajo más bien de *escritura*.

«Cuando el hombre duerme «inconscientea» [*une-bévue*] a mansalva, y sin ningún inconveniente. La enfermedad mental que es el inconsciente no se despierta. Lo que Freud enunció y que yo quiero decir es esto: que no hay despertar en ningún caso» (...) «La ciencia es un despertar, pero un despertar difícil y sospechoso. Ciencia y religión van muy bien juntas: es un *dioslirio* [*dieu-lire*], pero eso no presume ningún despertar.¹⁰»

7 *Ibidem*, p. 62.

8 Lacan, J., *El Seminario XXIV*, «*L'insu que sait de 'l'une-bévue s'aile à mourre*». Texto no publicado. Sesión del 19 de abril de 1977.

9 *Ibidem*.

10 Lacan, J., *El Seminario, libro XXIV*, op. cit., sesión de 17 de mayo de 1977.

Al inicio del seminario siguiente, en noviembre de 1977, Lacan ratificará lo anterior diciendo: «El inconsciente es exactamente la hipótesis de que no sólo se sueña cuando se duerme¹¹ ».

Pero Lacan da una oportunidad al despertar, y la sitúa inequívocamente del lado del psicoanálisis. Si bien la angustia no despierta, el despertar no es sin angustia, en la medida que el corte interpretativo incide precisamente en esa zona media entre goce y deseo. A este respecto leemos al final del *Seminario X, La angustia*: «Les he interrogado varias veces acerca de lo que conviene que sea el deseo del analista para que el trabajo sea posible allí donde tratamos de llevar las cosas más allá del límite de la angustia.

Conviene, sin duda, que el analista sea alguien que [...] haya hecho volver a entrar su deseo en este *a* irreductible, lo suficiente como para ofrecer a la cuestión del concepto de angustia una garantía real.¹²»

Es así como le será posible al analista-poema, por medio de la interpretación, practicar en el discurso del analizante los cortes que circunscriben la cura entendida como escritura de su Undecir, con su efecto de verdadero despertar.

11 Lacan, J. *El Seminario, libro XXV, El momento de concluir*. Texto no publicado. Sesión del 15 de noviembre de 1977.

12 Lacan, J. *El Seminario, libro X, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 365.